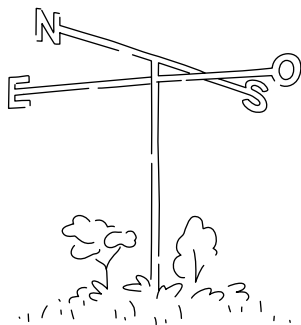


JORGE MACCHI  
CARREFOUR



Podría ser una Rosa de los vientos o una veleta, cualquiera de aquellos instrumentos meteorológicos y geográficos que datan de la Antigüedad. Salvo que, históricamente, ellos funcionaban en tándem: una veleta arriba que oscilaba según el aire, una Rosa de los vientos debajo, fija, que indicaba los puntos cardinales. En *Carrefour*, sin embargo, ambos objetos fueron sintetizados a la manera de un *port-manteau* literario (aquel juego lingüístico donde dos palabras se combinan para formar una). Los ejes —norte-sur, este-oeste— no están fijos, sino que son en sí mismos una veleta. Solo cada tanto los puntos geográficos reales coinciden con los ejes de la obra. Pocas veces la realidad ha sido imantada por la ficción con semejante desfachatez. Si el viejo *dictum* es cierto y en el arte hay que mentir para decir la verdad, *Carrefour* es una obra de su tiempo, recelosa de las certezas, un objeto esquivo que habla de que

tener un norte es una entelequia y de que todo lo que creíamos fijo presenta ahora sus dudas radicales. Con un mecanismo disparatado, *Carrefour* es también *nonsense* británico en estado puro. Lewis Carroll se haría un festín con Alicia frente a un instrumento al que solo le falta cuestionar si el cielo está arriba o abajo. Emplazada en la rotonda principal, la obra recibe vientos de todos los ángulos, lo que garantiza una constante subversión del mapa, un buen mareo metafórico. El cantante de blues Robert Johnson tuvo una epifanía en un lugar similar y lo describió así: “Fui al cruce de caminos y volví con terroríficos poderes nuevos”.